

El exilio interior de Miguel Catalán

José Manuel Sánchez Ron

Universidad Autónoma de Madrid

La Guerra Civil española de 1936 produjo, como es bien sabido, el que un elevado número de profesionales de todo tipo, y entre ellos científicos, abandonaran España, muchos para no regresar jamás. Nuestro país fue privado, de esta manera, de las aportaciones de personas que sin duda podrían haber contribuido de manera destacada al progreso nacional. Pero hubo también otro tipo de «exilios», con frecuencia denominados «interiores»: las interrupciones forzadas del trabajo hasta entonces desempeñado por personas que no abandonaron España; interrupciones forzadas no por motivos de, por ejemplo, salud, sino por razones políticas. Este tipo de «exilio» no se encuentra tan estudiado, menos aún cuantificado, como el exilio propiamente dicho, o «exterior», pero en algunos casos fue especialmente importante. Y entre estos casos, uno sobresale en mi opinión: el del espectroscopista Miguel Antonio Catalán Sañudo. Pero antes de proceder con su exilio, es apropiado decir unas palabras sobre él.

Miguel Catalán: un apunte biográfico

Miguel Catalán (1894-1957) estudió Químicas en Zaragoza, su ciudad natal, graduándose en 1909. Tras pasar unos pocos años trabajando para la industria aragonesa y ocupar puestos menores en su alma mater, se trasladó a Madrid, con la intención de doctorarse. En enero de 1915 comenzó su asociación con la Sección de Espectroscopia (dirigida por el químico Ángel del Campo, que sería su director de tesis) del Laboratorio de Investigaciones Físicas creado en 1910 por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), laboratorio que dirigía el físico canario Blas Cabrera. Al mismo tiempo que Catalán profundizaba en el campo de la espectroscopia, se encaminó hacia la enseñanza secundaria, obteniendo una cátedra de Física y Química en el Instituto General y Técnico de Palencia, que pronto cambió por la del Instituto de Ávila, aunque no tuvo que incorporarse a ninguno de los dos centros, puesto que con la ayuda de la JAE pudo ser agregado en comisión de servicio al Instituto-Escuela, el centro de bachillerato de la Junta.

Como otros estudiantes y científicos vinculados a la JAE, Catalán obtuvo una beca de ésta. En su caso para Londres, adonde llegó en septiembre de 1920. Tras algunas dudas, terminó asociándose con *Alfred Fowler*, uno de los espectroscopistas más importantes del mundo, catedrático en el Royal College of Science, centro que formaba parte del *Imperial College of Science and Technology*, autor de una de las *biblias* de la espectroscopia, *Report on series in line spectra* (1922). Junto a *Fowler*, Catalán mejoró sustancialmente su dominio de las técnicas espectrográficas, pudiendo además utilizar instrumentos de mejor calidad de los que había podido disponer en Madrid.

Fue en aquel entorno en el que Catalán logró demostrar, en 1921, que grupos formados por numerosas líneas distribuidas sin aparente regularidad en el espectro pueden tener un origen físico común. El artículo en el que presentó sus resultados fue recibido por la Royal Society el 22 de febrero de 1922, apareciendo, ya en 1923, en las célebres *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, bajo el título: «*Series and other regularities in the spectrum of manganese*».

La introducción de los multipletes constituyó un paso muy importante en el desarrollo de la teoría cuántica: fue, por ejemplo, muy importante para justificar el número cuántico que había introducido

en 1920 *Arnold Sommerfeld*, uno de los líderes mundiales de la física cuántica. Y también para la astrofísica, ya que permitió, al ser aplicada a los espectros complejos, avanzar en la interpretación de la estructura electrónica de los átomos que producen tales espectros. Uno de los espectroscopistas más reconocidos, *William Meggers*, del *National Bureau of Standards* (Washington D. C.), se refirió al hallazgo de los multipletes de la forma siguiente: «Con anterioridad a 1921 los términos espectrales derivados del análisis de espectros atómicos relativamente sencillos consistían únicamente de niveles simples, dobles y triples. Catalán atacó valientemente los espectros más complejos del manganeso y del cromo, y felizmente encontró términos que contenían 5, 6 ó 7 niveles que se combinaban para producir grupos de 9 a 15 líneas espectrales, para los cuales acuñó el término "multiplete". El descubrimiento de Catalán de términos espectrales de gran multiplicidad fue una clave correcta a la interpretación de los espectros complejos; pronto fue adoptada por muchos espectroscopistas, produciéndose una avalancha de multipletes. Esto inspiró el desarrollo de la interpretación cuántica de los espectros atómicos y trajo la edad de oro de la espectroscopia en 1926 cuando se hizo posible explicar teóricamente todas las radiaciones discretas en términos de energías y números cuánticos asociados con electrones de átomos e iones».

A raíz de su descubrimiento Catalán comenzó a relacionarse con los mejores científicos del campo: con *Sommerfeld*, y el grupo de éste en Múnich, la relación fue especialmente intensa: pasó el curso 1924-1925 en la capital bávara, con una beca de la *International Educational Board*, solicitada por el propio *Sommerfeld*; el curso siguiente, era un estudiante del científico germano Karl Bechert, el que se trasladaba a Madrid, para continuar la colaboración con el espectroscopista aragonés.

En el Laboratorio de Investigaciones Físicas, el éxito obtenido por Catalán al descubrir los multipletes no pasó desapercibido. Era obvio que se estaba ante una buena oportunidad para competir con otros centros extranjeros y Cabrera, como director del laboratorio, así se lo transmitía a José Castillejo, el secretario de la JAE, en una carta fechada el 18 de julio de 1923:

Mi querido amigo: Hace unos días le hablé por teléfono anunciándole mi doble propósito de pedir a esa Junta un crédito extraordinario con el fin de poner a Catalán, y los que con él trabajan, en condiciones a confirmar sus investigaciones sobre la constitución de los espectros, que tanta resonancia han tenido entre los especialistas. He recibido ya los presupuestos pedidos para el material indispensable y por ello le pongo estas líneas, pues sería conveniente (si es posible) que la resolución de esa Junta caiga antes del verano con el fin de hacer los pedidos correspondientes y al regresar a Madrid poder empezar la instalación.

Decía arriba que me mueve a solicitar este crédito la resonancia que los trabajos de Catalán han tenido entre los especialistas y parece lógico que comience especificándolo. En efecto, el problema de la constitución de los espectros es hoy el que parece conducir de modo más directo a dilucidar la estructura de los átomos, y por ello es uno de los que apasiona más a los hombres de ciencia, y entre ellos de manera más especial a *N. Bohr* y *A. Sommerfeld*.

Sin entrar en más detalles de su carrera científica, que continuó progresando, diré que en 1934 Catalán consiguió una cátedra de nueva creación -de Estructura atómico molecular y espectroscopia- en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid. Antes, en 1932, y a ello sin duda contribuyeron también las investigaciones de Catalán, el Laboratorio de Investigaciones Físicas de la JAE se había convertido en el Instituto Nacional de Física y Química, instalado en un nuevo y bien dotado edificio, construido gracias a la financiación recibida de la *International Educational Board* de la *Fundación Rockefeller*.

Catalán y la Guerra Civil

El verano de 1936 se presentaba interesante para Miguel Catalán. Estaba previsto que participase en los cursos de la Universidad Internacional de Verano, en Santander, de la que entonces era rector Blas Cabrera. El 23, 24, 27 y 28 de julio tendría que haber dictado cuatro conferencias dentro de un curso sobre «La isotopía en Química». Asimismo, estaban las siempre esperadas vacaciones en la casa de campo de su suegro, Ramón Menéndez Pidal, en San Rafael. Y fue precisamente en esta casa, en la provincia de Segovia, en «tierra de nadie», según una afortunada expresión de su hijo Diego Catalán, en donde le sorprendió el inicio de la guerra.

Después de un día de bombardeos por las avionetas de Cuatro Vientos, la familia Catalán huyó a El Espinar. Ante el peligro de la situación, tuvieron que huir el día de Santiago a Segovia. Allí, en una parte de España controlada por los rebeldes, sin medios económicos, vivieron durante algunas semanas en una casa donde les daban de comer gratis los propietarios de una taberna. Pronto, Miguel Catalán fue destinado a prestar servicios en el Centro de Información de Heridos. No obstante, la situación era poco acorde con sus cualificaciones, y para tratar de cambiar de ocupación escribió el 3 de septiembre a Miguel de Unamuno, el rector de la Universidad de Salamanca, una ciudad controlada por los militares rebeldes (un hecho éste que indica que Catalán no debía ser lo que se dice un republicano militante). He aquí el texto de su carta a Unamuno:

Mi admirado maestro:

Estando en San Rafael con mi mujer y mi hijo veraneando tuvimos que desalojar precipitadamente de allí por los combates que se celebraron en el mes de julio y refugiarnos en El Espinar y más tarde en Segovia. En esta ciudad presto ahora servicios en el Centro de Información de Heridos, pero acercándose la fecha en que tendrán que comenzar las tareas docentes universitarias y pensando que acaso pudiera mejor en estos momentos servir con mi modesta ayuda a esa vieja Universidad Española de Salamanca, me atrevo a ofrecerle mi entusiasta y devota colaboración a V. como Rector, por si tuviera a bien aceptarla.

Mi cátedra en Madrid es de la Facultad de Ciencias, Estructura atómico-molecular y Espectroscopia y como acumulada la de Mecánica. Mi interés, tanto en la Universidad, como en el Instituto Nacional de Física y Química (Rockefeller), en el que estoy encargado de una de las secciones, es la Química relacionada con la Física.

Sería para mí el mayor honor servir en estos momentos a España bajo su dirección y consejo.

La gestión no produjo ningún resultado y Catalán tuvo que continuar vinculado al Centro de Información de Heridos de Segovia. Pero aquella España veía con recelo y hostilidad a personajes como él y así fue vigilado por los servicios de información «nacionales».

Desde Burgos el 2 de julio de 1937 se pedía a Segovia «un informe amplio y ecuánime de las actividades así como la ideología política antes del Glorioso Movimiento Nacional» de los miembros de la familia Menéndez Pidal-Catalán. «Interesa también sean vigilados de un modo discreto, así como las amistades que operan alrededor de esta familia. En caso de que convenga -se añadía- le sea intervenida la correspondencia».

El informe familiar que se remitió a Burgos no tiene desperdicio y además muestra que por entonces el informante de Segovia no tenía ni idea de quién era realmente Miguel, al que se llamaba Ramón Catalán. He aquí el texto enviado:

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL: Presidente de la Academia de la Lengua.

Persona de gran cultura, esencialmente bueno, débil de carácter, totalmente dominado por su mujer. Al servicio del Gobierno de Valencia como propagandista en Cuba.

MENÉNDEZ PIDAL, Señora de:

Persona de gran talento, de gran cultura, de una energía extraordinaria, que ha pervertido a su marido y a sus hijos; muy persuasiva y de las personas más peligrosas de España. Es sin duda una de las raíces más robustas de la revolución.

GIMENA MENÉNDEZ PIDAL:

Hija de los anteriores, con todas las características de su madre, casada con

RAMÓN CATALÁ, Doctor:

Un mentecato, célula comunista, juguete de su mujer y de su suegra. Era Dr. en Ciencias cuando se casó con Gimena; como regalo de bodas le dieron una cátedra en el Instituto de Segovia de donde era natural. Se amañó un tribunal especial para él y la Institución lo consagró como sabio y profesor de la Central.

El 7 de septiembre de 1937 ya se había clarificado que «Ramón Catalá» era realmente Miguel Catalán, del que se escribía, más ecuánimemente, que por «no ser ni haber residido en esta provincia, es difícil averiguar su ideología política, ya que todos los refugiados en ésta se conducen aparentemente con patriotismo, y el que nos ocupa aparenta ser entusiasta del actual Movimiento Nacional». Del resto de la familia también se hacían comentarios moderados.

Pero esta situación no duró mucho ya que en un informe secreto sobre la familia Menéndez Pidal, preparado por la Segunda Sección (Información) del Estado Mayor del VII Cuerpo del Ejército y remitido al jefe del Servicio de Información Militar, en Burgos, el 24 de octubre de 1937, se lee lo siguiente acerca de nuestro espectroscopista:

MIGUEL CATALÁN SAÑUDO. -Antes del Movimiento pertenecía a Izquierda Republicana-. Protegido en todo momento por los de ideas izquierdistas e Institución Libre de Enseñanza, logra por mediación de esta última, diversos cargos, entre otros, la Cátedra de Espectrografía y Estructura del Átomo, creada para él y a su medida, por la Junta de Ampliación de Estudios.- Esta Junta, si no regida, se encontraba por lo menos tutelada por la Institución Libre de Enseñanza, sobre la que ejercía destacada influencia el Catedrático de la Universidad de Madrid, Don Enrique Moles, izquierdista muy significado.

Su amistad incondicional con el señor Moles y la intervención decidida de la citada institución le reporta en otro momento el obsequio de la Cátedra y Jefatura de Sección en la que tenía una remuneración anual de 12.000 pesetas (Instituto Rockefeller de Madrid).

El Movimiento le alcanzó veraneando en San Rafael, con su señora Doña Gimena Menéndez Pidal, desde donde se vieron precisados a evacuarse a Segovia, población en la cual empezó a trabajar en el Centro de Información de Heridos de Guerra... La actuación y propósito de este Centro, hace se le mire con simpatía, pero no es menos cierto que manejado inteligentemente por manos hábiles, puede constituir esta Oficina un Centro de espionaje de altos vuelos y escaso riesgo.

En la noche del 29 de Septiembre último se penetró clandestinamente en la susodicha Oficina y estudiado con detenimiento la documentación diversa y múltiple que tiene se vieron oficios de Jefes de Cuerpo, otros de Jefes de Centros y dependencias, noticias de diferentes Hospitales, escritos de Unidades diversas y en suma, toda una Oficina de Información, con detalle del Movimiento diario de tropa y no se precisa puntualizar los efectivos, porque es de conocimiento vulgar el saber casi con exactitud el número de hombres que el Reglamento preceptúa para cada Unidad Orgánica y armamentos que tienen asignados...

Así se da el caso de que el cerebro del Centro de Información de Heridos de Segovia es un individuo de Izquierda Republicana, encuadrado este en la Escuela de la Institución de Libre Enseñanza de la que ha recibido beneficiosas designaciones, traducidas en cargo pingüemente remunerado. Este individuo es el que nos ocupa MIGUEL CATALÁN SAÑUDO, hijo político de Menéndez Pidal, cuyos antecedentes y actitud con relación al Movimiento son sobradamente conocidos.

No eran éstas, desde luego, acusaciones carentes de peligro. De hecho, probablemente como consecuencia de este informe, un día Catalán fue llamado a la Comandancia militar acusado de espionaje. Salió libre gracias a que un policía rompió ocultamente la denuncia, porque su hijo había identificado en la calle al acusado como su profesor favorito en el Instituto de Segovia, al que por entonces Catalán se había incorporado como profesor de Ciencias en el bachillerato.

El exilio interior

Las desconfianzas durante la Guerra Civil se convirtieron en marginación absoluta, esto es, en exilio interior, a partir de 1939. Una vez finalizada la guerra, Catalán se encontró con que le estaba vedado el regreso a su cátedra de la Universidad de Madrid, aunque en realidad no se le había desposeído oficialmente de ella. De hecho, continuó recibiendo regularmente parte de sus ingresos como catedrático, pero únicamente los correspondientes al salario base, sin ningún tipo de complementos, lo que significaba que no podía, en modo alguno, mantener a su familia (ni siquiera a él sólo) con tales ingresos. Además, el acceso a su laboratorio en el Instituto Nacional de Física y Química, ahora perteneciente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado por el Gobierno del general Franco para sustituir a la vieja JAE, le estaba vedado.

Este punto es especialmente interesante, ya que fue uno -en su caso no el único- de los motivos que permiten entender el exilio interior a que fue sometido. La Junta para Ampliación de Estudios fue particularmente detestada por los vencedores de la guerra. En ella veían, aparentemente, todos los

valores contra los que habían luchado, finalmente con tanto éxito. Abundan los ejemplos de manifestaciones que muestran explícitamente tales sentimientos. Así, en un documento que José María Albareda, el primer secretario general del Consejo, y figura indiscutible en las primeras décadas de su existencia, dirigió poco después del término de la guerra a José Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional y presidente del CSIC, podemos leer:

Ya es conocida la tendencia antinacional que dominó la actuación de esta institución [la JAE], que supo reunir, al liberalismo corrosivo de la doctrina, la estrechez excluyente de las personas. No quiso vitalizar la gloriosa tradición ecuménica de la Ciencia española, sino sustituirla por un turbio aluvión en que, a lo científico, se ligaba la infiltración irreligiosa, el tono extranjerizante y la mezquindad partidista.

Hubo, además, en la prolongada labor de la Junta para Ampliación de Estudios, otras orientaciones rechazables. Actuó dissociada, cuando no enfrente de la Universidad, a la que trató con altanería y desdén.

Cribó la investigación técnica, lo mismo en las pensiones al extranjero que en la creación de Centros y Laboratorios. Esta deficiencia quiso subsanarse tardíamente, con recursos proporcionados al retraso, y en julio de 1931, como una dilatación de la Junta, aunque independiente en lo administrativo, se creó la Fundación de investigaciones científicas y ensayos de reformas, cuya nimia influencia en el desarrollo de la técnica española, estuvo en contraste con su solapada labor al servicio de la política antinacional.

Uno de los comentarios más interesantes de Albareda en esos documentos se refería precisamente al Instituto Nacional de Física y Química, el centro en el que investigaba Catalán:

Queda, pues, como Centro inmediatamente ligado al Consejo, el Instituto de Física del Rockefeller. Exige pensar concienzudamente en su situación. Los físicos de la escuela de Cabrera están persuadidos de que hoy la Física en España es un coto cerrado, en el que, formado el cuadro, nadie podrá penetrar. Dicen que ni siquiera se puede aprobar una tesis doctoral, porque no hay más que un catedrático, Palacios. Y de ahí deducen que es imprescindible la vuelta de Cabrera y el traslado a Madrid de alguno de sus discípulos: de su hermano, que está en Zaragoza; de Velasco, que esperó tranquilamente en Inglaterra el desenlace de la guerra y fue repuesto con la sanción de seis meses de suspensión, por lo que está más rojo que nunca, etc. El hecho es que hoy, en la Sección de Física del Rockefeller sólo hay una tesis doctoral a punto de ultimar, la de un rojo: Berasain, que estaba en Canarias, y no lo incorporó el Servicio Meteorológico militarizado durante la guerra por falta de confianza. Hay en esta materia, como en otras, un agotamiento de temas que impone la renovación. Se agotan las rayas del espectro de Catalán, sin que haya logrado, como ha intentado largamente, realizar trabajos sobre tema más moderno: el efecto Raman. Está exhausto el magnetismo de Cabrera. Van muy trilladas las redes cristalinas de Palacios. Mientras tanto, la Física hace brotar impetuosamente temas novísimos, de los que nuestra investigación está al margen. No podemos seguir condenados a no tener más investigación física que la que produce la técnica que nuestros físicos aprendieron en su juventud. Es necesario traer un físico extranjero, mucho más barato, sencillo y eficaz, que empezar por enviar pensionados. En la escuela del italiano Fermi, premio Nobel de

Física, hay alguna figura que habría que traer. Hay que traer también un matemático; italianos los hay magníficos. Rey Pastor es una gran figura, pero es solo el científico puro de la Matemática, y al margen de esa dirección pura, hay ramas muy fecundas y prácticas -Volterra en matemáticas aplicadas a la Biología, Humberto Cisotti en mecánica de fluidos, etc.- que nos interesa enormemente trasplantar, más, si la investigación, además del progreso de la ciencia pura, ha de tener sentido práctico.

Desposeído en la práctica de su cátedra, negándosele el acceso al antiguo Instituto Nacional de Física y Química, que pronto pasaría a denominarse «Instituto de Químico-física Antonio de Gregorio Rocasolano», Catalán, que volvió a vivir, junto a su mujer e hijo, en la casa de su suegro en la calle Cuesta del Zarzal 23 del olivar de Chamartín, no tuvo más remedio que buscar algún medio de ganarse la vida. Se vio obligado, en definitiva, a entrar en la industria privada. Durante algunos años (entre 1940 y 1946, cuando recuperó su cátedra) trabajó como asesor para «Mataderos de Mérida», para la fábrica gallega de productos químicos Zeltia, para Industria Riojana y para los laboratorios IBYS. Vitaminas, DDT, células fotoeléctricas y colorímetros figuraron entre sus intereses de aquella época.

Al mismo tiempo que todo esto ocurría, científicos extranjeros (estadounidenses, especialmente) se preocupaban por su suerte (ya lo habían hecho durante la guerra). Así, al poco de acabar la contienda, el 16 de junio de 1939, el gran astrofísico de la Universidad de Princeton *Henry Norris Russell* se interesaba por su situación. Habiendo obtenido la dirección de Ramón Menéndez Pidal, entonces en el *Institut Hispanique* de París, a través de un compañero de Princeton, le escribió solicitándole noticias de su yerno. Como había hecho durante la guerra, el astrofísico norteamericano señalaba que estaban interesados «particularmente en el progreso de sus trabajos sobre el espectro del hierro, porque nosotros, así como otros espectroscopistas americanos, hemos dejado este tema hasta saber lo que él hace». «Hace un año -continuaba- le enviamos [a Catalán] algunos ejemplares de listas de líneas relativas al espectro del hierro, porque esperábamos ayudarle en su trabajo. Es posible, dadas las circunstancias extraordinarias, que el profesor Catalán no las haya recibido. En este caso, tenemos aún otro ejemplar de las listas que podríamos enviarle, si ahora existe una probabilidad razonable de que esta vez las reciba realmente».

Menéndez Pidal envió una traducción de la carta de *Russell* a su yerno, con una nota en la que le pedía que le pusiera «dos líneas de agradecimiento, para que no crea que es imposible que le escribas», pero las dificultades eran demasiado grandes y no parece que Catalán se pusiera en contacto entonces con sus colegas.

En Madrid, sin embargo, le resultaba imposible reanudar sus investigaciones. Entre sus papeles ha sobrevivido el manuscrito de una carta que desde el caserón de la Cuesta del Zarzal escribió a *Russell* el 18 de agosto de 1940. En ella se aprecian las dificultades que se encontraba: «Para enviarle una lista con todos los términos de Fe I, he estado trabajando en la versión de los manuscritos que escaparon a la destrucción durante la guerra. Como todos estos papeles son muy incompletos, creo que se pueden perder algunos términos, en especial los más elevados. Mi trabajo procede con algunas dificultades porque ya no trabajo en el Instituto Nacional de Física y Química (*Rockefeller*), en el que se ha cerrado la Sección de Espectroscopia. No me es posible consultar una biblioteca científica, de manera que desde julio de 1936 estoy prácticamente aislado del mundo. ¿Será tan amable de enviarme cualquier separata de que pueda disponer? Los trabajos del *Bureau of Standards* también son desconocidos aquí desde 1936. He escrito al *Dr. Meggers*, pero hasta el momento no hemos recibido respuesta. Tengo algunas dificultades económicas y debo trabajar en otros temas, no espectroscópicos, para ganarme la vida».

Al margen de sus comunicaciones con el espectroscopista español, entre sí los científicos estadounidenses también trataban el «caso Catalán». Así, *Russell* se dirigía a *George Harrison* -que de director del Laboratorio de Física Experimental había pasado a decano de Ciencias del *Massachusetts Institute of Technology*- el 30 de octubre de 1945:

Acabo de saber a través de mi colega el profesor [A.] Castro que es posible que se deje a Catalán, al que no se le permite trabajar en física en España al estar en las listas negras del Gobierno de Franco, el venir a este país si tuviese algún tipo de puesto visitante aquí. No hay duda de que es uno de los mejores en el análisis de espectros. Supongo que tendrás una cantidad considerable de material espectrográfico sin clasificar y que podrías acumular más rápidamente. Creo que Catalán sería de gran utilidad en este sentido si pudieses tomar un espectroscopista refugiado.

He hablado con Shenstone, que acaba de regresar, pero la situación aquí es todavía tan vaga que por el momento no podemos decir nada acerca de trabajos en espectroscopia.

Entiendo que Catalán es un liberal y no un rojo, pero no lo suficientemente negro como para ser aceptable para la Falange.

Harrison respondió pronto y favorablemente a *Russell*, quien el 3 de noviembre acusaba recibo de la carta, señalando que si Catalán «pudiese estar contigo durante varios años, sería una gran ventaja para todos los implicados y para el progreso de la espectroscopia. Espero que tu solicitud de apoyo [a la *Carnegie Foundation*] para tu nuevo programa sea aceptada pronto».

El 18 de febrero de 1947 *Russell* volvía a la carga de nuevo con *Harrison*, señalando que acababa de saber que el «Gobierno español probablemente dejaría ir a Catalán a este país para trabajar si se pudiesen encontrar fondos». Por entonces, Catalán ya había recuperado su cátedra en la Universidad de Madrid.

Finalmente, fue a Estados Unidos en 1948-49, invitado por la *American Philosophical Society*, a trabajar en el *National Bureau of Standards* con *Meggers* y *Charlotte Moore*, en el *Massachusetts Institute of Technology* con *Harrison* y en la Universidad de Princeton con *Shenstone*. Permaneció en Estados Unidos quince meses.

Casi siete años desde el término de la guerra, tardó, como acabamos de ver, Miguel Catalán en recuperar de manera efectiva su cátedra. Unas notas que se encuentran entre sus papeles, parecen indicar que su primera lección tuvo lugar el 2 de febrero de 1946, un sábado. El guión que preparó para aquella clase se abre con un escueto «Decíamos ayer», que cuando pronunciado debió sin duda estremecer a, al menos, algunos de los presentes. Ausentes personajes como Blas Cabrera o Enrique Moles, la Facultad de Ciencias madrileña y la española también recuperaba una de sus pocas luminarias, del triunvirato realmente, de las ciencias físico-químicas. Con él en la Facultad, se podía pensar probablemente una vana ilusión que ni el pasado había muerto completamente, ni el futuro inminente estaba absolutamente perdido.

La recuperación de su cátedra, no significó, sin embargo, que se le abriesen las puertas de la investigación «oficial», localizada en aquella época de manera prácticamente exclusiva en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, puesto que las universidades eran, en este sentido, auténticos eriales. Sin embargo, su prestigio científico, la recuperación de la cátedra, así como los requerimientos que se le hacían de Estados Unidos terminarían favoreciendo su entrada en el Consejo, aunque no a su viejo Instituto, sino al Instituto de óptica «Daza de Valdés», dirigido por José María Otero Navascués, persona bastante abierta e intelectualmente sagaz, quien en 1950 le

nombró jefe del Departamento de Espectros (Otero era ingeniero de la Armada y como tal tuvo acceso durante bastantes años a las instalaciones del Laboratorio y Taller de Investigación del Estado Mayor de la Armada, lo que facilitaba las investigaciones de su grupo del Consejo). Allí formaría un buen equipo, con investigadores como Fernando Rico, Olga García Riquelme, Rafael Velasco y Laura Iglesias Romero, dedicándose a temas relacionados con la estructura de espectros de distintos elementos (paladio, hierro, bismuto, sodio, manganeso, etc.).

El Instituto de óptica del CSIC había sido creado oficialmente en marzo de 1946, aunque antes había funcionado como una sección del Instituto «Alonso de Santa Cruz» de Física, a la que iba asociada una subsección de Espectroscopia. Como jefe de sección, primero, y como director del Instituto después, Otero Navascués fue el motor y responsable máximo del centro. En 1950, el Instituto de óptica se instaló definitivamente en el nuevo edificio (que todavía ocupa en el complejo del Consejo situado a lo largo de la calle Serrano). Y con el cambio Catalán se incorporó para dirigir una de las dos secciones del Departamento de Espectros, la de «Espectros atómicos». Se puede decir que fue entonces cuando realmente finalizó el exilio interior de Catalán. Habían pasado más de diez años desde el final de la guerra.